

D'CASA®

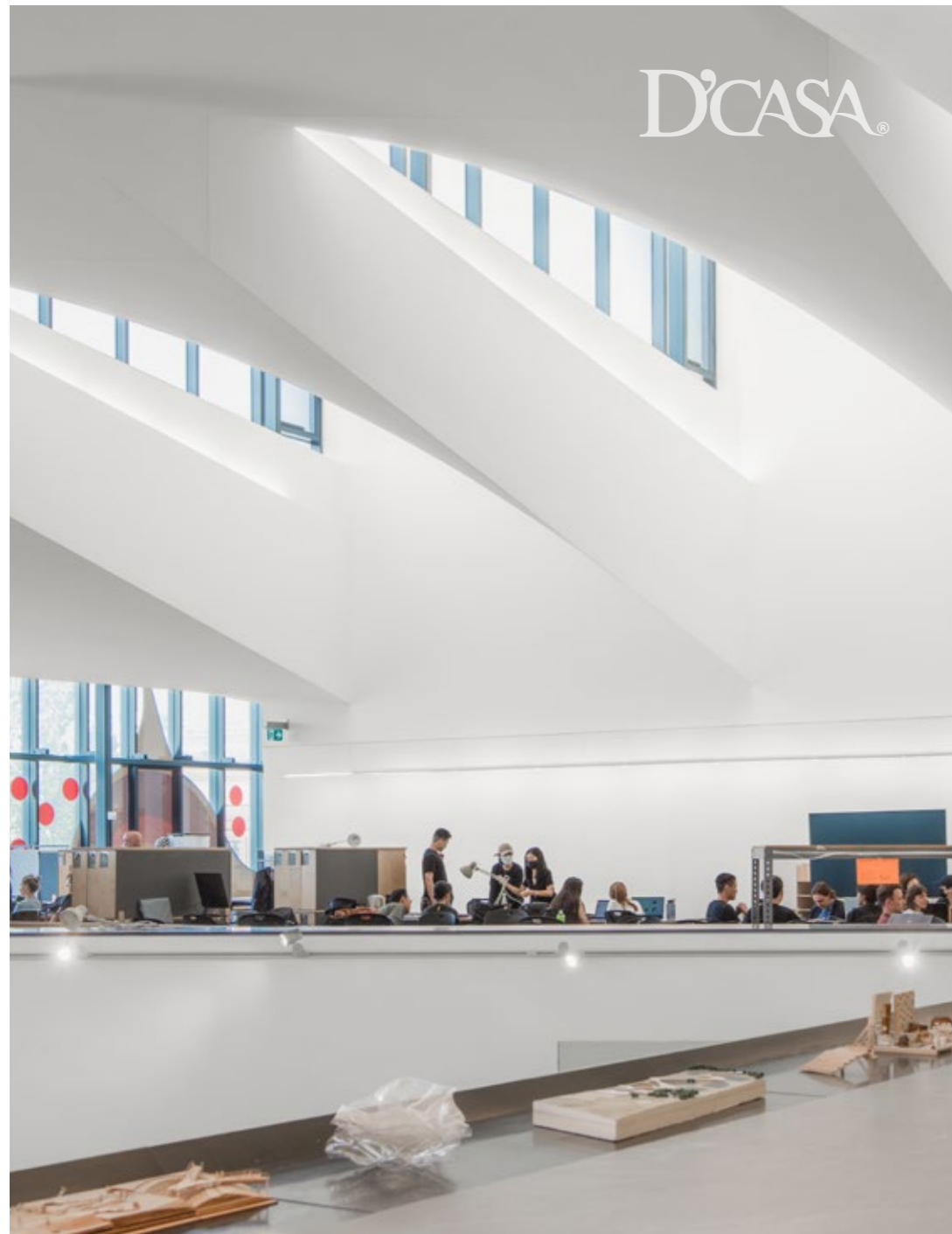
ARQUITECTURA DE LO (IM)POSIBLE

Isabel Rosas

Pensar la arquitectura desde la (im)posibilidad es aceptar que proyectar no equivale únicamente a resolver problemas, abre preguntas, sobre el tiempo, la permanencia, el deseo humano de dejar una huella y, al mismo tiempo trascender sus propios límites. Porque la arquitectura no sólo organiza el espacio es una conversación entre lo visible y lo invisible, entre lo construido y lo soñado y allí se encuentra la imposibilidad de lo imprevisible...

Hay algo profundamente misterioso en ella, los gestos que todavía no existen. Pues antes del muro, está la intuición; antes de la materia, el deseo; antes del espacio, una imagen apenas insinuada en la conciencia. La arquitectura comienza ahí, en ese territorio incierto donde una idea todavía no es forma, donde el pensamiento tantea sus propios límites y se pregunta si aquello que imagina podrá, alguna vez, tocar el mundo.





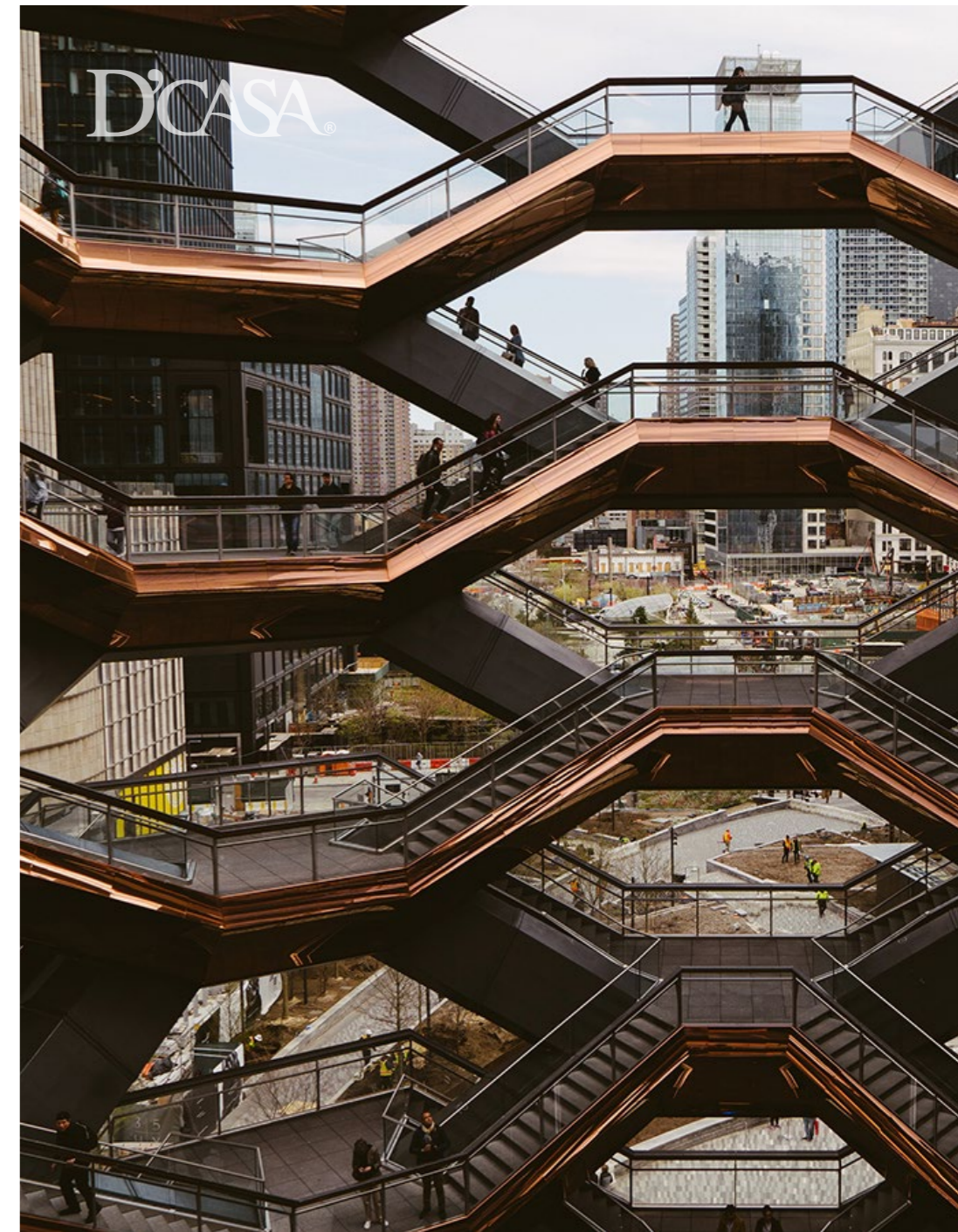
Quizá por eso toda arquitectura está emparentada con lo imposible no como negación absoluta, sino con esa zona de tensión donde lo que aún no tiene cuerpo busca una manera de aparecer. La arquitectura, en ese sentido, no consiste sólo en construir, sino en traducir. Traducir una visión en estructura, una intuición en proporción, un deseo en espacio. Hacer pasar algo del reino de lo imaginado al ámbito de lo tangible. Y, sin embargo, en ese tránsito siempre queda un resto, una vibración, una parte inasible que no termina de resolverse del todo. Tal vez allí habite su dimensión más poética. Es como el silencio en la música para que pueda existir.

Porque la arquitectura no agota el sueño que la origina; es una interpretación que abre un umbral de imaginarios. De un lado, la idea pura, vasta, libre, casi infinita; del otro, la gravedad, la técnica, el tiempo, la materia, la medida. Entre ambos extremos, la arquitectura se levanta como un acto de mediación. No es casual que las obras más memorables no sean necesariamente las más espectaculares, sino aquellas en las que aún podemos sentir la tensión entre el pensamiento y la forma, entre la aspiración y su límite, entre lo

que quiso ser y lo que finalmente fue.

En esa tensión vive su belleza. Lo imposible, entonces, no es lo contrario de la arquitectura, sino una de sus condiciones más secretas. Sin una cierta imposibilidad, no habría impulso creador. No habría pregunta. No habría riesgo. La arquitectura necesita asomarse a lo que todavía no tiene nombre, a lo que todavía no encuentra medida, para poder ensayar nuevas formas de presencia en el mundo. Cada línea trazada sobre el papel es, en el fondo, una pregunta lanzada al vacío: ¿y si esto pudiera existir?

Pero también habría que decir que lo imposible no desaparece cuando la obra se construye, allí permanece silente. A veces se queda en la sombra que el edificio proyecta sobre su propio concepto; a veces en el silencio que hay entre lo imaginado y lo realizado; a veces en esa extraña sensación de que toda obra terminada conserva un fragmento de lo que no pudo ser. Y quizá esa incompletud no sea una falla, sino una revelación: la arquitectura más viva no es la que clausura el sentido, sino la que lo deja respirando.



ARCHITECTURE OF THE (IM)POSSIBLE

Isabel Rosas

D'CASA®



To think about architecture from the perspective of (im)possibility is to accept that designing is not simply about solving problems; it opens up questions about time, permanence, the human desire to leave a mark, and, at the same time, to transcend its own limits. Because architecture not only organizes space, it is a conversation between the visible and the invisible, between the built and the dreamed, and therein lies the impossibility of the unpredictable... There is something profoundly mysterious about it, the gestures that do not yet exist. For before the wall, there is intuition; before matter, desire; before space, an image barely hinted at in consciousness. Architecture begins there, in that uncertain territory where an idea is not yet form, where thought tests its own limits and wonders if what it imagines will ever be able to touch the world.





Perhaps that's why all architecture is related to the impossible, not as an absolute negation, but as that zone of tension where what is still incorporeal seeks a way to appear. Architecture, in that sense, is not only about building, but about translating. Translating a vision into structure, an intuition into proportion, a desire into space. Bringing something from the realm of the imagined into the realm of the tangible. And yet, in that transition, there always remains a remnant, a vibration, an elusive part that never quite resolves itself. Perhaps therein lies its most poetic dimension. It's like the silence in music that allows it to exist.

Because architecture doesn't exhaust the dream that gives rise to it; it's an interpretation that opens a threshold of imaginaries. On one side, the pure, vast, free, almost infinite idea; on the other, gravity, technique, time, matter, measure. Between these two extremes, architecture rises as an act of mediation. It is no coincidence that the most memorable works are not necessarily the most spectacular, but rather those in which we can still feel the tension between thought and form, between aspiration and its limits, between what was intended and what ultimately became.

In that tension lies its beauty. The impossible, then, is not the opposite of architecture, but one of its most secret conditions. Without a certain impossibility, there would be no creative impulse. No question. No risk. Architecture needs to peer into what is still nameless, what has yet to find its measure, in order to explore new forms of presence in the world. Every line drawn on paper is, at its core, a question hurled into the void: what if this could exist?

But it must also be said that the impossible does not disappear when the work is built; it remains there, silent. Sometimes it lingers in the shadow that the building casts upon its own concept; sometimes in the silence between the imagined and the realized; sometimes in that strange feeling that every finished work retains a fragment of what could not be. And perhaps that incompleteness is not a flaw, but a revelation: the most vibrant architecture is not the one that closes off meaning, but the one that leaves it breathing.

